



INSTITUTO
NEUFELD
ESPAÑOL

MI QUERIDA SRA. HASKINS

(autora: Collen Drobot)

TRADUCCIÓN SANDRA MARÍN GUTZKE

El otro día me asusté cuando me dí cuenta que la Sra. Haskins, mi amada profesora de 2º y 3º de primaria, ahora tendría unos 100 años de edad. La Sra. Haskins era una de mis profesoras favoritas porque tenía una mezcla maravillosa de cualidades alpha; era amable y a la vez firme. Estaba definitivamente a cargo, pero de un modo tan compasivo que podíamos descansar en la seguridad de saber que ella nos cuidaría a todos.

Me acuerdo de ella siendo amable con todos. Hasta lo era con el horrible Kevin R. quien en ocasiones se orinaba debajo de las escaleras. Era amable con Darren P. el que olía mal y juraba en vano.

Un día, en el cual teníamos una profesora de sustitución, Richard M. escribió una nota malvada sobre como iba a matar a una mujer. La profesora se angustió mucho por el ataque descrito y por ello le avergonzó delante de toda la clase. Con mucho disgusto reflejado en su cara y un tono duro en su voz intentó sacar de él, allí y en ese momento, algún tipo de conciencia moral. Mientras ella demandaba que se disculpara para con ella delante de toda la clase todos estábamos horrorizados, ya que esto no era la práctica común en nuestro salón. Al no poder sacar de él una disculpa, le mandó a la “silla de los tontos” (un sitio en las oficinas reservado para los alumnos rebeldes). Cuando regresó la Sra. Haskins escuché como tomó a Richard a un lado y le dijo “Richard, es difícil cuando no estoy, ¿verdad?. Te he echado de menos y estoy contenta de estar de vuelta”. Ella nunca mencionó le nota violenta que le había escrito a la profesora de sustitución. Él volvió a ser el de antes. Ella comprendió que Richard no funcionaba muy bien cuando ella no estaba presente. A pesar de ello, a mis 8 años de edad, yo tenía mis propias opiniones sobre Richard, y el saber que la Sra. Haskins protegería hasta a niños que se metían en problemas me hacía sentirme segura bajo su custodia.

Cuando le tocaba vigilar el recreo, tenía a un gran grupo de alumnos de primaria que deseaban estar con ella. Cada pocos minutos se ponía a correr un poco antes de volver a su ritmo normal de caminar. Este juego formaba una gran multitud, y además nos daba la impresión de que ella disfrutaba de nuestra compañía y que compartía nuestros sentido de la diversión. Los demás

profesores solo se paseaban entre nosotros vigilándonos desde la lejanía, ella creaba un juego predecible que nos encantaba y nos invitaba a unirnos a su círculo.

La Sra. Haskins no transmitía la figura de una profesora pétrea que vivía en el colegio, sino que se mostraba como un ser humano real. Ella traía artefactos de las Islas de la Reina Carlota a nuestro salón, y nos mostraba fotos suyas en la cuales podíamos observar su vida llena de aventuras. Nos trataba como si fuéramos sus niños. Se deleitaba con nosotros.

Tenía una furtiva y a la vez fuerte sospecha de que yo era su favorita. Pero años más tarde, cuando compartí mi creencia con una amiga, se rió y dijo: “¡Yo siempre pensé que yo era su favorita!”. Creo que la Sra. Haskins hacía sentirse a todos de esa manera. Para ella, cada uno de nosotros era significativo y todos éramos merecedores de una consideración especial. Nos invitaba a existir en su presencia.

Nunca levantó la voz, nunca nos humilló (yo era muy sensible a ello de pequeña). Pero podía ser firme. Cuando Ian R. me besó delante de los casilleros y yo ya no me quería sentar a su lado ella me dijo que ella estaba convencida de que yo lo podría hacer, que no me iba a cambiar de sitio y que yo iba a estar bien. Yo confiaba en ella y encontré el valor en mí. Ella podía ser el agente de futilidad y el ángel de confort de manera simultánea.

Dudo que la Sra. Haskins todavía esté viva. Me entristece pensar que ya no está en este mundo. Mientras escribo me doy cuenta que todavía está presente en mi corazón - el vínculo es para siempre- y veo que ella tuvo un papel importante a la hora de elegir mi carrera en la rama de la educación. La sensación que ella me daba es exactamente la misma que yo aspiro a transmitir a mis propios alumnos. Ella colectaba y protegía; le encantaba aprender, y porque nosotros la amábamos, a nosotros también nos encantaba aprender. Ella respetaba nuestra dignidad, nos trataba de manera justa y siempre, siempre nos trasmitía. “Estoy exactamente donde quiero estar- ¡dándoos clase!”.

(Traducción: Sandra Marín Gutzke)